

➤ *Domingo 6 de Pascua (1989), Ciclo C. Evangelio (Juan 14, 26): «Él os lo enseñará todo y os recordará todas las cosas que os he dicho». Un comentario de Juan Pablo II, en una catequesis de los miércoles. Gracias a la acción del Espíritu Santo, la Iglesia no sólo recuerda la verdad, sino que permanece y vive en la verdad recibida de su Señor.*

❖ Cfr. Juan Pablo II, El Espíritu de la Verdad, Audiencia General.

Miércoles 17 de mayo de 1989 JPII

o **Jesús llama al Espíritu Santo “el Espíritu de la verdad”**

1. Hemos citado varias veces las palabras de Jesús, que en el discurso de despedida dirigido a los Apóstoles en el Cenáculo promete la venida del Espíritu Santo como nuevo y definitivo defensor y consolador: “Yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce” (Jn 14, 16-17). Aquel “discurso de despedida”, que se encuentra en la narración solemne de la última cena (cf. Jn 13, 2), es una fuente de primera importancia para la pneumatología, es decir, para la *disciplina teológica que se refiere al Espíritu Santo*. Jesús habla de Él como del Paráclito, que “procede” del Padre, y que el Padre “enviará” a los Apóstoles y a la Iglesia “en nombre del Hijo”, cuando el propio Hijo “se vaya”, “a costa” de su partida mediante el sacrificio de la cruz.

Hemos de considerar el hecho de que *Jesús llama al Paráclito el “Espíritu de la verdad”*. También en otros momentos lo ha llamado así (cf. Jn 15, 26; Jn 16, 13).

o **El Espíritu Santo es quien después de la partida de Cristo, mantendrá entre los discípulos la misma verdad, que Él ha anunciado y revelado y, más aún, que es Él mismo.**

2. Tengamos presente que en el mismo “discurso de despedida” Jesús, respondiendo a una pregunta del Apóstol Tomás acerca de su identidad, afirma de sí mismo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14, 6). De esta doble referencia a la verdad que Jesús hace para definir tanto a Sí mismo como al Espíritu Santo se deduce que, si el Paráclito es llamado por Él “Espíritu de la verdad”, esto significa que *el Espíritu Santo es quien después de la partida de Cristo, mantendrá entre los discípulos la misma verdad, que Él ha anunciado y revelado y, más aún, que es Él mismo*. El Paráclito, en efecto, es la verdad, como lo es Cristo. Lo dirá Juan en su Primera Carta: “El Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es la verdad” (1 Jn 5, 6). En la misma Carta el Apóstol escribe también: “Nosotros somos de Dios. Quien conoce a Dios nos escucha, quien no es de Dios no nos escucha. En esto conocemos *el espíritu de la verdad y el espíritu del error ‘spiritus erroris’*” (1 Jn 4, 6). La misión del Hijo y la del Espíritu Santo se encuentran, están ligadas y se complementan recíprocamente en la afirmación de la verdad y en la victoria sobre el error. Los campos de acción en que actúa son el espíritu humano y la historia del mundo. La distinción entre la verdad y error es el primer momento de dicha actuación.

o **Permanecer en la verdad y obrar en la verdad es el problema esencial para los Apóstoles y para los discípulos de Cristo, tanto de los primeros tiempos como de todas las nuevas generaciones de la Iglesia a lo largo de los siglos.**

3. Permanecer en la verdad y obrar en la verdad es el problema esencial para los Apóstoles y para los discípulos de Cristo, tanto de los primeros tiempos como de todas las nuevas generaciones de la Iglesia a lo largo de los siglos. Desde este punto de vista, el anuncio del Espíritu de la verdad tiene una importancia clave. Jesús dice en el Cenáculo: “*Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora (todavía) no podéis con ello*” (Jn 16, 12). Es verdad que la misión mesiánica de Jesús duró poco, demasiado poco para revelar a los discípulos todos los contenidos de la revelación. Y no sólo fue breve el tiempo a disposición sino que también resultaron limitadas la preparación y la inteligencia de los oyentes. Varias veces se dice que los mismos Apóstoles “estaban desconcertados en su interior” (Cf. Mc 6, 52), y “no entendían” (cf. por ejemplo, Mc 8, 21), o bien entendían erróneamente las palabras y las obras de Cristo (cf. por ejemplo, Mt 16, 6-11). Así se explican en toda la plenitud de su significado las palabras del Maestro: “*Cuando venga... el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa*” (Jn 16, 13).

o **El Espíritu de la verdad “Daré testimonio”, es decir, mostrará el verdadero sentido del Evangelio en el interior de la Iglesia para que ella lo anuncie de modo auténtico a todo el mundo.**

4. La primera confirmación de esta promesa de Jesús tendrá lugar en Pentecostés y en los días sucesivos, como atestiguan los *Hechos de los Apóstoles*. Pero la promesa no se refiere sólo a los Apóstoles y a sus inmediatos compañeros en la evangelización, sino también a las futuras generaciones de discípulos y de confesores de Cristo. El Evangelio, en efecto, está destinado a todas las naciones y a las generaciones

siempre nuevas, que se desarrollarán en el contexto de las diversas culturas y del múltiple progreso de la civilización humana. Mirando todo el arco de la historia Jesús dice: *“El Espíritu de la verdad, que procede del Padre, dará testimonio de mí”*. “Dará testimonio”, es decir, mostrará el verdadero sentido del Evangelio en el interior de la Iglesia para que ella lo anuncie de modo auténtico a todo el mundo. Siempre y en todo lugar, incluso en la interminable sucesión de las cosas que cambian desarrollándose en la vida de la humanidad, el “espíritu de la verdad” guiará a la Iglesia “hasta la verdad completa” (Jn 16, 13).

o Gracias a la acción del Espíritu Santo, la Iglesia no sólo recuerda la verdad, sino que permanece y vive en la verdad recibida de su Señor.

5. La relación entre la revelación comunicada por el Espíritu Santo y la de Jesús es muy estrecha. No se trata de una revelación diversa, heterogénea. Esto se puede argumentar desde una peculiaridad del lenguaje que Jesús usa en su promesa: “El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Jn 14, 26). El *recordar* es la función de la memoria. Recordando se vuelve a lo pasado, a lo que se ha dicho y realizado, renovando así en la conciencia las cosas pasadas, y casi haciéndolas revivir. Tratándose especialmente del Espíritu Santo, Espíritu de una verdad cargada del poder divino, su misión no se agota al recordar el pasado como tal: *“recordando” las palabras, las obras y todo el misterio salvífico de Cristo, el Espíritu de la verdad lo hace continuamente presente en la Iglesia, de modo que revista una “actualidad” siempre nueva en la comunidad de la salvación.* Gracias a la acción del Espíritu Santo, la Iglesia no sólo recuerda la verdad, sino que permanece y vive en la verdad recibida de su Señor. También de este modo se cumplen las palabras de Cristo: “Él (el Espíritu Santo) dará testimonio de mí” (Jn 15, 26). Este testimonio del Espíritu de la verdad se identifica así con la presencia de Cristo siempre vivo, con la fuerza operante del Evangelio, con la actuación creciente de la redención, con una continua ilustración de verdad y de virtud. De este modo, el Espíritu Santo “guía” a la Iglesia “hasta la verdad completa”.

o Por obra del Espíritu Santo la “palabra de la cruz” tenía que ser aceptada por los discípulos.

- **Sólo Él, el Espíritu de la verdad, puede abrir las mentes y los corazones humanos haciéndolos capaces de aceptar el inescrutable misterio de Dios y de su Hijo encarnado, crucificado y resucitado, Jesucristo el Señor.**

6. Tal verdad está presente, al menos de manera implícita, en el Evangelio. Lo que el Espíritu Santo revelará ya lo dijo Cristo. Lo revela Él mismo cuando, hablando del Espíritu Santo, subraya que *“no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga...”* El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros” (Jn 16, 13)14). Cristo, glorificado por el Espíritu de la verdad, es, ante todo, el mismo Cristo crucificado, despojado de todo y casi “aniquilado” en su humanidad para la redención del mundo. Precisamente por obra del Espíritu Santo la “palabra de la cruz” tenía que ser aceptada por los discípulos, a los cuales el mismo Maestro había dicho: “Ahora (todavía) no podéis con ello” (Jn 16, 12). Se presentaba, ante aquellos pobres hombres, la imagen de la cruz. Era necesaria una acción profunda para hacer que sus mentes y sus corazones fuesen capaces de descubrir la *“gloria de la redención”*, que se había realizado precisamente en la cruz. Era necesario una intervención divina para convencer y transformar interiormente a cada uno de ellos, como preparación, sobre todo, para el día de Pentecostés, y, posteriormente, la misión apostólica en el mundo. Y Jesús les advierte que el Espíritu Santo “me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros”. Sólo el Espíritu que, según San Pablo (1 Co 2, 10) “sondea las profundidades de Dios”, conoce el misterio del Hijo-Verbo en su relación filial con el Padre y en su relación redentora con los hombres de todos los tiempos. *Sólo Él, el Espíritu de la verdad, puede abrir las mentes y los corazones humanos haciéndolos capaces de aceptar el inescrutable misterio de Dios y de su Hijo encarnado, crucificado y resucitado, Jesucristo el Señor.*

o El Espíritu guía hasta la verdad completa en la fe y mediante la fe; conduce a la Iglesia hacia una constante progreso en la comprensión de la Verdad revelada; vela por la enseñanza de dicha verdad, por su conservación y aplicación a las cambiantes situaciones históricas ...

7. Jesús añade: “El Espíritu de la verdad... os anunciará que ha de venir” (Jn 16, 13). “¿Qué significa esta proyección profética y escatológica con la que Jesús coloca bajo el radio de acción del Espíritu Santo todo el futuro de la Iglesia, todo el camino histórico que ella está llamada a realizar a lo largo de los siglos? Significa ir al encuentro de Cristo glorioso, hacia el que tiende en virtud de la invocación suscitada por el Espíritu Santo: “¡Ven, Señor Jesús!” (Ap 22, 17. 20). El Espíritu Santo conduce a la Iglesia hacia un constante progreso en la comprensión de la verdad revelada. Vela por la enseñanza de dicha verdad, por su conservación, por su aplicación a las cambiantes situaciones históricas. Suscita y conduce el desarrollo de

todo lo que contribuye al conocimiento y a la difusión de esta verdad: en particular, la exégesis de la Sagrada Escritura y la investigación teológica, que nunca se pueden separar de la dirección del Espíritu de la verdad ni del Magisterio de la Iglesia, en el que el Espíritu siempre está actuando.

Todo acontece en la fe y por la fe, bajo la acción del Espíritu, como he dicho en la Encíclica *Dominum et vivificantem*: “El misterio de Cristo en su globalidad exige la fe, ya que ésta introduce oportunamente al hombre en la realidad del misterio revelado. El ‘guiar hasta la verdad completa’ se realiza, pues, en la fe y mediante la fe, lo cual es obra del Espíritu de verdad y fruto de su acción en el hombre. El Espíritu debe ser en esto la guía suprema del hombre y *la luz del espíritu humano*. Esto sirve para los Apóstoles, testigos oculares, que deben llevar ya a todos los hombres el anuncio de lo que Cristo ‘hizo y enseñó’ y, especialmente, el anuncio de su cruz y de su resurrección. En una perspectiva más amplia esto sirve también para todas las generaciones de discípulos y confesores del Maestro, ya que deberán *aceptar* con fe y *confesar* con lealtad el misterio de Dios operante en la historia del hombre, el misterio revelado que explica el sentido definitivo de esa misma historia” (n. 6).

8. De este modo, el “Espíritu de la verdad” continuamente anuncia los acontecimientos futuros; continuamente *muestra a la humanidad este futuro de Dios*, que está por encima y fuera de todo futuro “temporal”; y así llena de valor eterno el futuro del mundo. Así el Espíritu convence al hombre, haciéndole entender que, con todo lo que es, y tiene, y hace, está *llamado por Dios en Cristo* a la salvación. Así el “Paráclito”, el Espíritu de la verdad, es el verdadero “Consolador” del hombre. Así es el verdadero Defensor y Abogado. Así es el verdadero Garante del Evangelio en la historia: bajo su acción *la Buena Nueva es siempre “la misma”* y es siempre “nueva”; y de modo siempre nuevo ilumina el camino del hombre en la perspectiva del cielo con “palabras de vida eterna” (Jn 6, 68).